

ces y víctimas de los crímenes del emperador, abandonados á una continua soledad, forzados á bajar por miedo la frente, veían caer en pedazos su antigua autoridad, y se resignaban en su desolacion á perderlo todo, ménos la vida, que á duras penas podían arrancar á las garras de su eterno enemigo, el cual los perdonaba muchas veces por no creerlos dignos ni aun de su odio y sus venganzas. Así cuando veían entrar en el Senado un emisario del emperador, se arremolinaban, se unían, temblaban, y aguardaban con ansiedad á quién tocaría la señal de muerte, y cuando veían elegido para el suplicio á uno de sus compañeros, el egoísmo, el amor de su propia conservacion les hacia mirar con indiferencia aquella gran desgracia, como el rebafío no se cura de la pobre oveja destinada al sacrificio. Así tan miserablemente perecen, señores, las instituciones mas altas, cuando han cumplido su destino.

A pesar de todas estas desgracias, la vida de Roma era bajo Domiciano vida placentera y alegre. Para los aristócratas, Domiciano era un Tiberio; para el ejército y el pueblo era un Nerón. Daba espectáculos navales, caza de fieras, combates, juegos de gladiadores en que peleaban hasta las mujeres desnudas, y para aumentar la voluptuosidad de estos juegos, los celebraban de noche, á la pálida luz de las antorchas, que aumentaban las facciones del circo, y á los rojos, verdes, azules, y blancos, unía los violetas y amarillos. Repartía grandes dones al pueblo, delicados manjares en hermosas cestas de mimbre. Cubría el Capitolio de ganados, que destinaba á sus propios altares, porque se creía un Dios; flaqueza propia del gnosticismo de la familia Flavia. Así el pueblo pasaba su vida yendo del templo al campo de Marte, del campo de Marte á las Naumaquias, de las Naumaquias al Circo á ver morir los gladiadores. Las fiestas del Circo han sido descritas con tal puntualidad por los escritores romanos, que aun parece que las estamos viendo. El circo se puebla, las damas se sientan en lo mas alto resguardadas del sol por los velos de púrpura que hermocean sus rostros de alabastro; los caballeros, los senadores las vestales y el pueblo ocupan sus respectivos asientos, de antiguo designados; los gladiadores entran en carros pintados de varios colores y se lanzan á la arena; unos ejercitan su fuerza, otros ensayan posturas académicas, actitudes clásicas semejantes á las actitudes de las mas renombradas estatuas, y todos juegan con las varillas, con las espadas, con los escudos, lanzándolos al aire y hablando entre sí como hermanos, como amigos, cuando bien pronto van á darse mutuamente

la muerte; el emperador aparece en el centro y comienzan á desfilar en su presencia los jugadores, luciendo unos su tridente de hierro, su casco adornado con plumas de pavo real, sus borceguíes celestes; otros su casco de cuero rematado en un pez, sus espadas anchas, sus crines rojas; algunos su clámide corta, su casco resplandeciente de acero; y á una señal convenida, se lanzan á la arena, se miran frente á frente, se buscan, se huyen, se arremeten, se hieren, ensangrientan el circo, y caen exánimes unos sobre otros, muriendo académicamente, saludando al César, sonriendo por la gloria que han adquirido, mientras el pueblo se levanta, palmotea, ruge, y se embriaga de sangre, y llena los aires con sus aullidos, que son la música del combate. Estos juegos tienen un sentido político, porque mientras así Domiciano festeja al pueblo, convida á los senadores á festividades fúnebres, que concluyen despues de una larga y profusa cena con la muerte de los mas elevados aristócratas.

La crueldad de Domiciano debía atraerle una muerte violenta. La conciencia, que nunca en la vida calla, le asaltaba con remordimientos continuos y crueles. A cada paso creía encontrar un asesino. Sin duda la sangre que habia vertido le nublaba los ojos con negra nube, y le hacia ver en todas partes la sombra de su conciencia y de su alma. Y razon tenia, en verdad, para temer, porque bajo sus piés hervía una continua conjuracion, que debia estallar á toda costa, con grande y tremendo estallido como la erupcion de un volcan. Hallándose en su habitacion, embebido en leer un libro, la espada de un conjurado le hirió el vientre. Domiciano dió un grito espantoso, llamó á sus esclavos, quiso defenderse; pero en aquel punto varios conjurados domésticos de su palacio, se arrojaron sobre él, y lo remataron con ensañamiento. Así murió aquel hombre, que habia pasado su vida entre muertes, ahogado en sangre, como sucede siempre á los que vierten sangre. Su muerte fué indiferente al pueblo, dolorosa al ejército, placentera al Senado, que sin valor para contrastar la tiranía y para oponerse á los tiranos vivos, los perseguía y los insultaba despues de muertos, señal de su vileza.

Señores: hemos llegado al término de nuestro trabajo, que comprende medio siglo. Hemos visto en cada uno de los emperadores que suben al trono, un aspecto, una fase de las ideas que dominaban á Roma. Hemos encontrado en Galba el patriciado, la restauracion de la República; en Othon el epicureismo, la exaltacion de la plebe; en Vitelio el predominio de los pretorianos; en Vespasiano y en Tito

la continuacion de la idea trascendental del Imperio, del derecho y la justicia; en Domiciano el engrandecimiento del ejército y del pueblo, y la condenacion y la muerte del patriciado. Mas en el seno de aquella sociedad existia una secta filosófica, el estoicismo, que necesitaba, ó una república, ó una dinastía fiel á sus ideas. Nunca el estoicismo tomó un aspecto de polémica tan amenazador como en tiempo de la familia Flavia. Sin duda el estoicismo, al sentirse crecido y robusto, presentaba con fuerza una protesta contra el Imperio, y así contribuía á la civilizacion universal y á la libertad de los hombres. La familia Flavia habia perseguido á los estóicos, les habia arrojado de Roma como perturbadores de la tranquilidad pública con sus continuas predicciones. Tres edictos se dieron contra los estóicos por Vespasiano, por Tito, por Domiciano. En tiempo de este fueron arrojados de Roma Senecion, Epitecto, Arlemidoro, Dion Crisóstomo que se consoló en su destierro con un fragmento de Demóstenes y un diálogo de Platon. Y sin embargo, la persecucion demostraba, como siempre demuestran las persecuciones injustas, que aquella secta tenia gran fuerza y estaba cercana á su victoria. En efecto, el estoicismo iba á subir al trono con Nerva, y con Trajano. Su ascension al trono era un triunfo del derecho racional sobre el derecho escrito, de la humanidad sobre el privilegio de Roma, era la revolucion del Imperio consumada por la conciencia y en amor al bien. En otra leccion estudiaremos el estoicismo romano.

Esta ascension de la escuela estóica al trono del mundo de Neron, ascension que examinaremos mas adelante, prueba la fuerza real que tienen las ideas, fuerza incontrastable, que supera y vence á la materia bruta. Nada hay mas vulgar y estendido que considerar las ideas como seres imaginarios, fuera del mundo, sin fuerza para detener la corriente de los hechos, sin calor para dar vida á ninguna institucion, sin realidad en la vida; pero, señores, cuando abrimos las páginas de la historia, cuando vemos la idea que nace muda y solitaria en la mente de un pensador, herir la conciencia, encender los corazones, formar escuelas y partidos, subir á la legislacion, al gobierno, transformar la sociedad, convertirse en el lábaro de ejércitos poderosos, centellear en la frente de los magistrados, iluminar las sentencias de los tribunales, venir á ser el alma de infinitas generaciones; cuando vemos este maravilloso espectáculo, nuestra razon se abisma, y herida por tanta luz, confiesa que el hecho en la historia pasa como un relámpago, como un soplo de aire, como el instante fugaz en que suce-

de, y la idea invisible, la idea impalpable, la idea espiritual es la única realidad que existe, así en la conciencia como en el espacio, así en el alma como en el mundo; la idea que todo lo avasalla con su fuerza divina é incontrastable. Así la idea estóica, nacida en un rincón de Grecia, en la mente solitaria de un pensador aislado y silencioso, por esa fuerza real que tienen las ideas, por ese desarrollo que toman, por su misma virtud levanta el vuelo, se posa en la cima del Capitolio, infunde su espíritu á las escuelas, centellea en la frente de los emperadores, transforma la legislacion, vivifica el derecho, y desde el fondo de las clases inferiores sube armada por sublimes resplandores á la cima del Capitolio. El estoicismo llega á la raíz de la vida, el estoicismo entra en la esfera política; con su idea de libertad y de justicia, transforma precisa y necesariamente al Imperio, para el cual ha concluido en Domiciano la hora de la venganza, y empieza con Nerva la hora de la organizacion y del derecho.

La fuerza que las ideas estóicas habian adquirido en Roma se conoce por el súbito cambio que el Imperio sufre bajo Nerva. Hora era ya de que concluyese aquella continua desolacion de la Ciudad Eterna. La aristocracia habia cometido muchos crímenes; pero los habia purgado en un siglo de delaciones, de persecucion, de muerte, de anquilamiento de sus poderosas huestes. La plebe habia sido insultada y herida por la aristocracia; pero en verdad la dictadura salida de su seno, si no le habia dado remedio, le habia dado venganza. El mundo alzaba sus brazos á Roma pidiendo con desfallecimiento la comunicacion de su derecho. El estoicismo, aunque odiaba al Imperio, habia comprendido el destino providencial del Imperio; y con sus ideas y con su espíritu contribuía á la realizacion del derecho humano, del derecho universal. Nerva es el primer emperador que no es romano, ni descendiente de Italia, y en verdad un estóico para ser fiel á su idea, para destruir el privilegio de la ciudad, debía tener por patria el mundo, por hermanos todos los hombres. En su carácter se nota cierta timidez, que cuadra muy bien á los primeros vacilantes pasos de una idea destinada á romper una tradicion y á plantear un nuevo problema social. Galba, Othon, Vitelio, Vespasiano, con esta ó la otra idea, tienen su origen en los pretorianos y en las legiones; Nerva es el emperador del Senado. En los primeros dias de su reinado corrió entre los soldados el rumor de que Domiciano habia resucitado; tanta era su popularidad en el ejército; y este rumor fué como un anuncio de graves desórdenes para Nerva, porque no era posible matar en un

dia la poderosa influencia del ejército. Nerva no pudo conjurar aquel gran peligro, sino imitando la conducta de los pasados emperadores, y transigiendo con los pretorianos. Pero contaba con otra fuerza. Inmediatamente que los estóicos tuvieron el anuncio de que Nerva subía al Capitolio, abandonaron sus destierros y se dirigieron á Roma á llevar al emperador la luz de sus inteligencias, la fuerza de sus ideas. El pretoriano, que conoció que un triunfo de la razón era una derrota de la fuerza, se revolvía contra los filósofos, y amenazaba destruir aquella revolución que no por pacífica dejaba de ser profunda y radical. Así algunos de aquellos filósofos contrastaron con la elocuencia de su palabra la fuerza de las armas; Dion Crisóstomo desarmó un ejército pronto á sublevarse contra Nerva. La idea estóica, como una aura suave, se suspendía sobre aquel mar alborotado, y apaciguaba sus soberbias ondas. Así Nerva para reformar el Imperio, no reformaba ni las leyes, ni las instituciones, ni el gobierno; reformaba con mejor consejo el hombre interior, el alma y las costumbres. ¿Qué institución no estaba corrompida y gastada en aquella universal decadencia? El estoicismo, solo el estoicismo podía renovar la idea política de Roma. Mas el estudio del estoicismo no puede, no debe comprenderse, sino delante de sus mas grandes personificaciones, de los Trajanos, de los Antoninos, de los Aurelios. Y así veremos cómo el espíritu humano se va acercando á los altares del Cristianismo á recibir la luz venida del cielo.

Postrémonos, señores, ante la Providencia. Entre estas guerras tan continuas y tan atroces, en esta serie de crímenes, de matanzas; cuando parecia que el mundo iba á concluir bajo el peso de la tiranía y del crimen, Dios, cuya justicia centellea en toda la historia, estendía su mano omnipotente y hería la tierra para que la idea estóica se levantara á realizar el derecho, y hería el cielo para que la idea cristiana que habia brotado en el Calvario, estendiera su luz y su calor en la conciencia humana.—He dicho (1).

(1) Debo dar algunas esplicaciones cortas al público del Ateneo y á los lectores de esta obra. Empecé este año mis lecciones, pero las interrumpió la muerte de mi madre, la muerte que me ha herido en lo que mas amaba en el mundo. Aunque hubiera querido continuarlas ante el público del Ateneo, no me hubiese sido posible. No es dado en estos amargos dolores, sver con ojos enjutos los lugares donde hemos sido felices. No he querido, sin embargo, perder un año de vida, porque amo demasiado para desperdiciarlo, el soplo de tiempo, de que vivo. He decidido escribir mis lecciones y cumplir mi promesa. Las escribo en estilo oratorio, para que no desdigan del primer tomo. Les faltará á las lecciones escritas, el entusiasmo del momento, que infunde en las venas del orador las simpatías del público, pero ganarán en sistema y en rigor científico. El público me dispensará estas cortas palabras necesarias para explicar la continuacion de la obra.

## EL MUNDO ROMANO.

### LECCION TERCERA.

SEÑORES:

Hemos examinado el Imperio en Roma; pero no hemos examinado el Imperio en el mundo, no hemos visto el estado de todas las razas y de todas las gentes en este maravilloso período de la historia. Antes de convertir los ojos á la idea cristiana, es necesario ver pasar las razas, ó enemigas de Roma, ó sometidas á Roma. En esta larga procesion de pueblos y de gentes poco podremos detenernos; porque si bien hay entre ellas naciones mártires que se sacrifican por conservar la independencia, naciones elegidas de Dios, que llevan en su frente el sello de su soberanía sobre el porvenir, y en sus labios la interpretacion sublime del destino; naciones artistas, que aún pueblan en su postracion y en su muerte de cánticos los aires; naciones esclavas, que arrastran pesadas cadenas, y merecen el tributo de una lágrima; naciones guerreras, que cubren con el polvo levantado por sus huesos los límites de los horizontes romanos; naciones inocentes, primitivas, que exhalan el aroma de una nueva civilizacion de su alma no tocada por la gangrena del vicio; naciones religiosísimas, que á manera de solitarios cenobitas, se consagran á Dios en el templo, y al pié del altar pasan su vida que se pierde como el leve humo de los holocaustos, á pesar de esta variedad de índole en las razas, y de destino